

APÉNDICE Jardín Zoo(cio)lógico

Amparados estamos ante el descuartizamiento de la vida cotidiana. Unos estudian la política como administración, otros las figuras literarias como signo de escritura, otros el entramado simbólico de la sociedad como ciencia. Es así como, bajo el trabajo de campo, la sociología alimenta a la prensa nacional³³⁵ que trata a los adolescentes como animales salvajes, bárbaros y márgenes anormales a los que hay que domesticar. La división mutilada de la vida humana –exhibida como artificio– aparece tanto en bibliografía académica como en las bajadas de *LUN*³³⁶. Y estos moldes recortados de animalidad, como cortes espacio-temporales, son una deuda pendiente que los chicos de hoy vienen a cobrar.

La tradición sociológica que ha estudiado las culturas y subculturas urbanas, remite a los años treinta en que la Escuela de Chicago (o de Ecología Urbana, con sede en USA) retomó dentro de sus *papers* temas –comillas– mar-

³³⁵ Los medios y la conversación (...) les meten a todos en el mismo saco, lo que hace es un ejercicio que se replica cotidianamente (...) se niegan sus singularidades, sus especificidades contraculturales de distinto tipo y, lo peor, se les niegan sus rostros concretos, para pasar a ser masa sin forma, sin olor, sin color. Klaudio Duarte Quapper (profesor del Departamento de Sociología de la Universidad de Chile), "Villano invitado: Todos en el mismo saco", *La Nación Domingo*, 2 de julio de 2006.

³³⁶ *Las Últimas Noticias*, diario chileno especializado en contenidos de farándula y espectáculos.

ginales. Delincuencia, prostitución, pandillas y bandas de jóvenes fueron ítems a analizar. Fueron páginas que destinarían todos los trabajos posteriores a la tribalización de la sociedad y la subjetividad postindustrial. Mas hoy a lo que asistimos no es a la escenificación de tribus nómades que buscarían subsistencia mediante la asociatividad y la lucha contra el clima (como otras tribus), sino que permanecemos impávidos ante tribus electrónicas que se resisten a lo social como estrategia de sobrevivencia. A lo que rehuimos, por tanto, no es la vida humana, sino que a la exigencia de identidad, a la definición socrática, al desfondamiento cartesiano y a cualquier (y todo) ítem psicológico, en el cual el carácter³³⁷ se siga de *personalidad, construcción, generación, marca, búsqueda o encuentro* de lo idéntico. Estos nuevos grupos de jóvenes lo que promueven no es un rompecabezas, sino que la apertura a nuevas sensibilidades estéticas y culturales: a nuevos modos de resistencia y de denuncia. El estar “ni ahí” del tenista Marcelo Ríos, no existe. Es cosa de desdibujar sobre las pantallas de los computadores, celulares y televisores el polimórfico arsenal textil y verbal de los chicos de hoy. Asistimos, por tanto, a la inauguración de una nueva sensibilidad chilena entramada desde los cimientos de la entretención, el consumo y fórmulas cosméticas.

³³⁷ “Todos saben que la única cosa que los une es en el fondo lo que los separa para siempre: el carácter, vivido como irremediabilmente personal, de su propio fracaso y el sentimiento de que la vida; la “verdadera vida” está definitivamente en otra parte (...) Pero incluso aquí y entre ellos, en medio de este pesimismo pero contra él, es necesario recordar, siempre, que los individuos tienen la posibilidad de jugar con una multiplicidad de significaciones, de poder moverse entre ellas, de dejarse tomar por ellas; pero también, a veces, y por qué no, de darle la espalda”. Martuccelli, *Cambio de rumbo*, Lom, 2007, p. 110.

Si los pokemones y visual se distancian de los tradicionales punks, hiphoperos, rastafaris y góticos, es sólo por un pequeño –pero tremendo– detalle: mientras los pokemones se reapropian audazmente del mercado, los punks persisten en el dogma ideal de la contracultura como signo de rebeldía discursiva que implica el no-comercio de la rudez. A mi parecer, son estas cuatro subculturas tradicionales las que han perdido fuerza y se han vulnerabilizado por el devenir-mercado, al no poder defender sus ideologías (en términos de ideas) y al no encontrar en el espanto de la novedad la cuota de energía suficiente como para reensamblar sus denuncias. Condición que los ha institucionalizado, ya sea a través del disciplinamiento político (*freestyle* como taller joven) y de la galería comercial (cfr. tiendas especializadas y revistas sectorizadas).

Lo que hoy molesta no es lo punk, es lo flaite; lo que hoy es importado no es el heavy metal, sino que es el J-rock. Lo que rompe con la maqueta paisajística de la urbe, luego, ya no son los grandes edificios, las autopistas con *tags* o las discotecas de moda: son ciertos ruidos musicales y estéticos que permanecen y aparecen sobre las ruedas del Transantiago, en los colegios, en las plazas públicas y en los malls de todo el país. Son los rostros anónimos del *Futuro de Chile* ficcionado: rostros desfigurados por medios, padres y miedos; se les teme, censura, discrimina y –en el peor de los casos– viola.

Canónicamente, se ha comprendido a una tribu como una comunidad urbana (todo depende de un asunto de *polis*, de accesos, mercadeos, extensiones y novedades), mediática (tecnologías audiovisuales, como TV, internet, audio y telefonía son centrales), en constante desarrollo, que refuerza sus gustos a través del vestua-

